

« ¿Quién soy? ¿Qué soy? ¿Soy él? »

Estefania Cavaliere



Image not found.

Capítulo 1

« ¿Quién soy? ¿Qué soy? ¿Soy él? »

Él estaba allí. Parado enfrente mío. No entendía quién era o qué hacía ahí pero en mi mente me daba ideas de quién podría ser pero hasta ahora solo sabía, a ciencia cierta, que era muy aterrador. Su mirada me atemorizaba, los bellos de mis brazos se me erizaron del temor que me generaba aquella fría y escalofriante mirada. Una mirada que penetraba tu ser, una que podía entrar a tu mente y descubrir tus mayores secretos, esos secretos que tu propio inconsciente oculta de uno mismo.

El hombre, si es que se lo puede llamar hombre, me miraba fijamente y no dijo nada. Solo me observaba detenidamente, como si esperará a que yo dijera algo. Sentía que mientras me miraba iba descubriendo esas cosas que trataba de ocultar al mundo entero. Sin embargo me quedé callada. Pero quería gritar, me volvía loca la manera en la que me miraba « *iNo quiero! ¡Deja de verme! ¡No quiero que veas a través de mí!* » Pero no dije nada. Estaba presa del terror. Giré mi rostro. Es lo único que me salió para evitar su mirada, su horrenda e insoportable mirada.

– ¿Me llamaste? – Soltó aquel hombre.

Yo lo miré nuevamente extrañada, esperaba que mi sorpresa le contestara la respuesta. La verdad es que no sabía quién o qué era y mucho menos qué hacía aquí.

Me detuve a mirarlo con más detenimiento. Pude observar que no parecía una persona muy extraña. Lucía como un hombre de aparentemente unos 27 años, era delgado pero tenía un lindo cuerpo por lo poco que se veía. Un cuerpo que podía captar las miradas de cualquier mujer, incluso la mía, si no estuviera tan aterrada por su mirada. Sus ojos se mostraban ¿Rojos? Estoy segura que en un momento, cuando él me miró estaban rojos ¡Estoy segura!

El hombre se acercó y me sonrió.

– Luzbel, tú me llamaste

« ¿Cómo sabe mi nombre? ¿Acaso lo sabes por qué viste a través de mí? »

Amplió aún más su sonrisa, era como si estuviera escuchando mi mente... ¡pero eso es imposible! Seguro estoy imaginando cosas... ¿Lo estoy imaginando, verdad?

– ¿Quién eres? ¿Cómo sabes mi nombre? –Pregunte llena de temor, con voz débil y temblorosa. Aparté la mirada de él. No quería seguir siendo vista por él. Cada minuto que me miraba sentía que me desnudaba y miraba todos mis secretos.

– ¿Qué cómo se tu nombre? –Preguntó con mucha sorpresa– Eso no importa –Contestó– ¿Quién soy? Esperaba que tú lo supieras, después de todo, tú fuiste quien me llamó.

« ¿Llamar?»

– No sé de qué hablas –Volví a posicionar mi mirada en él, esperando que al mirarlo tuviera una respuesta. Si tanto decía que lo había llamado, si tanto sabía de mí es porque algo debía saber yo. Algo, aunque sea un pequeño indicio.

Buscaba con solo mirarlo una respuesta en mi mente que me dijera qué hacía este hombre allí. Pero no lograba recordar nada de mi vida. Los días, las horas anteriores a la aparición de este hombre... yo no las podía recordar y mi mente solo estaba llena de la imagen, de la presencia y del temor que este hombre, si se puede llamar hombre, me generaba.

El hombre suspira:

– Soy Lucifer... pero... –Sonríe ampliamente– tú eso ya deberías saberlo.

« ¿Lucifer? ¡Eso es imposible!»

De un día para el otro a parece un joven o hombre, o lo que realmente sea, a autoproclamarse Lucifer, el señor del infierno y de todos los demonios. Mi familia es muy religiosa ¿Acaso cree este hombre que por eso me tragaré su chiste tan fácilmente? Por años mi familia me ha metido en la cabeza que Lucifer era un ángel caído que ahora es el enemigo de Dios, quien se encarga de tentar al hombre... el señor de todo lo malo por lo tanto ni debíamos mencionarlo en la casa ni en ningún lugar. Para ellos, su aterrador Lucifer podía manifestarse ante cualquier emoción negativa muy fuerte (ambición, envidia, codicia, etc) pero yo nunca creía en esas cosas. No creo en Dios, no creo en Lucifer, en los demonios ni en nada. Creo en mí misma. Pero siempre asentí la cabeza ante los sermones de mis padres religiosos ortodoxos, padres que no te dejaban ir a dormir sin decir las oraciones antes, que siempre –todos los domingos– iban a misa sin faltar. Siempre asentía la cabeza, les hacía creer que poseía su misma religión, que creía en Dios, en Jesucristo y en la Virgen María. Pero NO. Yo nunca creí en eso. Solo creía en mí misma y

en nadie más. Ahora viene este hombre, pensando que soy como mis padres, a hacerme el chiste de que es Lucifer. Admito que tiene una mirada sin igual, una mirada tan aterradora que estoy segura que ningún asesino la poseería.

Pero... Yo no recuerdo nada antes de la aparición de este hombre. Recuerdo cosas muy vagas. Lo que hice el día de ayer, no lo recuerdo. Lo que hice horas antes, no lo recuerdo. Por lo que no estoy segura cómo llegó ese hombre, tan guapo pero aterrador al mismo tiempo, a mi habitación. La casa es chica, mis padres, aún los escucho, están en la cocina.

« ¿Cómo llegó este hombre acá? »

–Disculpa, debería presentarme con mi verdadera forma y no la de un simple humano –Hace una leve reverencia– Me olvidé por un momento que estoy ante Luzbel.

« ¿Verdadera forma? ¿Qué quiere decir con eso? ¿Esa no es su apariencia? »

De repente comencé a ver como su cuerpo, lentamente, tomaba otra forma. Mientras cambiaba, poco a poco, su forma “humana” iba desapareciendo.

De su espalda brotaron dos enormes y asquerosas alas. Daba la impresión de que estas eran dos grandes manos. No poseían plumas o eso parecía a simple vista. Si alguien me decía que eran plumas negras, yo no le creía. Era difícil de creerlo cuando a simple vista parecían estar formadas por dedos –negros– de humanos. Me generó mucha repulsión ver aquello. Tan solo imaginarme que eran de dedos humanos me asqueó, no podía seguir viéndolas. Él lo notó. Notó que me causaba repulsión, tanto como para que me dieran arcadas. Sonrió.

Sus ojos, esos aterradores ojos, se tornaron rojos. Eran de color rojo sangre. Los miré profundamente, con miedo y sumo cuidado para que no descubriera todos mis secretos. Pero sabía que eso era imposible. Lo miré con mucho cuidado y puede observar como si estos estuvieran llenos de llamas, unas llamas aterradoras que lo quemaban todo. Sentía ira en ellos. Veía, a través de ellos, almas lamentándose a gritos. Horrorosas imágenes de lamentos y sufrimiento se veían reflejadas en ellos.

« ¡Es imposible! ¿Cómo es eso posible? »

No pude seguir viendo aquellos ojos. Aparté la mirada nuevamente pero luego, al poco tiempo, lo volví a mirar. Seguía cambiando. Sus alas se volvieron aún más grandes. Ahora sus ojos tenían la pupila como la de un gato y su iris seguía de color rojo. Lo miré bien. Su pelo había crecido un

poco más –pero no se notaba mucho, lo tenía largo antes de su cambio–, era negro como la noche, lacio hasta sus codos y... era bastante lindo. Lucía sedoso y brillante.

« ¿Acaso es lo único que no atemoriza de él? »

Lo seguí observando. Aún su cuerpo iba cambiando. Su estatura había aumentado. Sus orejas ya no eran las de un humano común y corriente sino las de un demonio. Puntiagudas. Feas. Asquerosas. Me generaban asco verlas. Miré sus manos. No había parado mi vista anteriormente en ellas pero estoy segura que sus dedos se hicieron más finos y largos, como sus uñas, ellas crecieron y eran de color negras. Repulsivas. Tan solo verlas me causó repulsión.

Lo miré nuevamente. Al parecer ya no había nada más para cambiar.

– ¿No te faltan unos cuernos, señor del mal? –Dije en son de burla pero la verdad estaba completamente aterrada. Estaba tan sorprendida con su apariencia que esperaba, siendo quien dijo ser, unos cuernos. Había cambiado tanto que esperaba que agregara la frutilla al postre.

El sonrió y se acercó. Invadió mi espacio personal. Me tomó del mentón y me miró fijamente –con esos penetrantes ojos de gato–, sonrió. Su sonrisa nunca faltaba, siempre sonreía pero yo lo noté, noté que no lo hacía de amabilidad. Se estaba riendo de mí probablemente. Estaba jugando conmigo. Sabía que no entendía nada de lo que pasaba y disfrutaba de mis reacciones. Reacciones de temor.

– ¿Ahora... –Se acercó a mi oído y susurró– me crees, mi querida Luzbel?

Yo... atemorizada solo trague saliva y no conteste a su pregunta. Me limité a permanecer callada con miedo. Miedo a que aquella bestia, demonio –lo que sea– me hiciera daño con sus ojos, con sus alas o con sus asquerosas uñas. Me sentía más frágil que nunca ante ese hombre o demonio. Si es quien dijo ser, entonces es un demonio ¿No?

–Vendrás conmigo ya que no recuerdas nada –Me mira fijamente y con una sonrisa–, serás una buena compañía hasta que despiertes –Me tomó, me alzó en sus brazos. No hice objeción tenía miedo. Le tenía terror. Nadie podría comparar el terror que le tenía y le tengo. Preferí quedarme callada y que me llevara que morir en sus manos. Tal vez si me llevaba podría escapar de ese lugar.

Nunca imagine que me llevaría a un lugar que nadie puede escaparse, el único que entra y sale de allí, es él. Nunca pensé que me llevaría entre tantos demonios, entre tantas almas lamentándose. Tal vez hubiera sido mejor morir que vivir en ese lugar con una bestia...

O eso creía.

– ¡¿Por qué me trajiste a este horrible lugar?! –Grité con mucho enojo.

Era un horrible lugar, había demonios por todos lados, monstruos que querían comerme que querían mi alma. Aquellos que no querían mi alma me miraban con horror como si yo fuera el verdadero monstruo. ¿Acaso ellos no se miran? Llevan cuernos, colmillos afilados, algunos, dientes filosos como si fueran los de un tiburón.

El lugar era horrible, no solo ellos. Estaba devastado, demonios aterradores por todos lados, almas sufriendo, lamentándose por el castigo que les toco. Continuamente se escuchaban sus tétricos gritos.

Siempre desde mi cama los escuchaba, a pesar de que se encuentren muy lejos, al otro lado de donde estaba el castillo de él, de ese demonio que me trajo acá. Sus lamentos eran insoportables, insufribles, horriblos. Hacían que los pelos de mis brazos se erizaran. Me daban mal sueño por las noches y algunos demonios entraban en mis sueños para tomarme dormida. A espaldas del demonio que me trajo. Odiaba ese lugar. Constantemente era asechada y constantemente las almas en pena eran escuchadas por todos los habitantes del lugar, quienes disfrutaban de sus lamentos y lo tomaban como música armoniosa.

– Luzbel, acostúmbrate.

– ¡¿Por qué me trajiste acá?! –Los días habían pasado y ya me había acostumbrado a su horrible forma, ya no le tenía miedo y había llegado a acostumbrarme tanto a esa figura que prácticamente ya se me hacía atractiva ante la de los demás demonios. «*¿Cómo no ser atractiva si es el rey de ellos?*»

– Ya te lo he dicho, te traje para tener una buena compañía –Se acercó a mí y tomó un mechón de mi pelo largo y negro. Por alguna extraña razón mi pelo se parecía bastante al de él. Negro como la noche. Lacio y atractivo ante cualquiera, incluso ante los demonios. Lo tomó con sus huesudas manos, con esos dedos finos y bien blancos, con esas asquerosas y repulsivas uñas, que ahora me parecían tener su encanto. Sonrió maliciosamente. Siempre suele sonreír así, antes le tenía miedo a

aquella sonrisa pero ahora...- Hasta que despiertes serás mi compañera -Siempre decía eso, que tenía que despertar pero ¿De qué? No me atrevía a preguntarle, aún seguía siendo el demonio, Lucifer- ¿Y quién sabe, hasta capaz seas un arma en nuestra guerra? -Me soltó, dejó caer con mucha suavidad mi pelo y se alejó de mí. Miró por una de las grandes ventanas que había en el castillo, dirigió su mirada al cielo, ese cielo naranja cubierto por algunas nubes bien negras- A veces el humano es débil pero tú -Se gira rápidamente y me mira- eres diferente.

- ¿A qué te refieres con que soy diferente? -Se mantuvo callado, supuse que no quería decírmelo y al mismo tiempo que sabía más cosas de mí que yo. Me acerqué a él, temerosamente- ¿Por qué puedo ser un arma en la guerra? -Nuevamente se quedó callado. No pregunté más nada.

Se quedó mirando fijamente el cielo, como si mirará a alguien. No sabía si en aquellos ojos había tristeza o furia. Probablemente era una mezcla de ambas. Me posicioné al lado de él, con un poco de temor, el tenía un aspecto que aún, por momentos, me causaba temor. Aún recuerdo su mirada, aquella mirada que vi al verlo por primera vez. No podía evitar sentir temor al lado suyo... pero desde que lo conocí, desde que vine a este mundo tan oscuro, tan horrible, he comenzado a tener sentimientos extraños por él. Siento como si lo conociera pero al mismo tiempo no conozco nada de él ¿Cómo puedo conocerlo si la primera vez que lo vi fue aquel día, ese día que desperté y lo vi en mi cuarto? El día en que perdí parte de mi memoria, en ese momento no recordaba nada de lo que había hecho anteriormente, solo fragmentos de mi vida como quienes eran mis padres, a lo que se dedicaban. A mis amigos no los recuerdo. ¿Será que él me quito parte de la memoria? No sé el motivo de eso pero lo que sí sé, es que desde que vine a este mundo he comenzado a olvidar parte de mi vida. Ya no recuerdo la cara de mis padres ¿Tengo padres, verdad? Todo humano tiene una madre y un padre pero... ¿Por qué no recuerdo sus rostros o sus nombres? Sé que antes de venir acá los recordaba, es un sentimiento que tengo. Pero... por qué no los recuerdo.

Mi mirada seguía posicionada en él. Lo observaba por el rabillo del ojo. No me atrevía a mirarlo directamente. Me incomodaba. Pero... en ese momento hubo algo que me incitó para mirarlo fijamente.

Lo miré fijamente. Me atreví. Repasé nuevamente en mí cabeza que él era el demonio. Recordaba que mis padres me decían que era una bestia temible pero... hasta ahora no veo esas características que mis padres le daban. Sí, da miedo. Sí, tiene un aura temible. Pero... cuando estoy con él me siento extraña. Seguía mirando a aquel cielo horrendo para mis ojos «¿Por qué tendrá esa mirada?» Miré su cuerpo. Sentía que nos parecíamos tanto. No podía evitar pensar eso al verlo. Su pelo era igual. Mirándolo bien, si sus ojos fueran humanos ¿Él tendrían los míos? Probablemente sí. Es alto y delgado ¿Sería así yo si fuera un demonio? No lo creo pero ¿Por qué siento que nos parecemos? Además... siento... que

mi pensamiento sobre él cambio. Desde que llegué a este horrible lugar... yo cambié.

Miré sus ojos nuevamente, seguía con esa mirada. Recordé. *«Habló de guerra y esa mirada...»*

– ¿Tú eres el demonio, verdad? Lucifer –Pregunté mirando hacia el cielo a través del rabillo de mi ojo pude observar que él dirigió su mirada hacia mí, con esa sonrisa muy propia de él.

– Sí.

– Sabes –Lo miré– no te pareces en nada a lo que describieron mis padres o el cura de la Iglesia cerca de casa.

Él largó una gran carcajada. Al terminar de reírse con fuerza, se acercó a mi rostro y tomó mi mentón.

– Ustedes los humanos son patéticos, creen en todos esos mitos y leyendas que abundan por el mundo. Creen en lo que él les dice –Lucia divertido, se le notaba en su sonrisa, en su tono, en todo su rostro.

« ¿Él? Se referirá a...»

– Creen que los demonios son malos o los causadores del mal que hay en la tierra, creen esas historias contadas en la biblia –Larga una pequeña risa– ¿Dime... también crees en los vampiros?

No pude evitar sorprenderme de la forma en que hablaba, sin embargo hubo algo en él que me hizo sentir cómoda al punto de contestar sinceramente y sin temor, hasta con un toque de ironía.

– Bueno si tú existes, no veo el por qué no creer en vampiros y sus historias, –Miré al cielo– hasta hace poco no creía en nada... ni si quiera en los demonios pero... –Lo miré fijamente– cuando te miro es inevitable el no pensar que eres un demonio. Aunque al comienzo no quise creerlo.

Él se alejó de mí. Por un momento lo odie, no quería que se alejara pero... al verlo detenidamente se disipó ese sentimiento.

Definitivamente algo estaba cambiando en mí, ahora me sentía mucho más cómoda con él y ¿Un poco aliviada?

– Entonces si no eres lo que dicen, quiere decir que eres lo contrario ¿Entonces eres bueno? –Se quedó callado por unos minutos mirándome fijamente como si lo estuviera pensando y justo antes de contestarme lo interrumpí–, no creo que un demonio sea bueno después de esa mirada tan aterradora que tienes. Digo... esa mirada con la cual me miraste el

primer día, no es propia de un ser bueno.

Él sonríe.

– ¿Te asusté, verdad?

« ¿Por qué me comporto de esta forma? ¿Acaso estoy teniendo confianza con el mismo demonio? »

– Asustarías a cualquiera con esa apariencia –Confesé– ¿Realmente piensas que voy a creer que eres alguien bueno y no el señor del mal?

Él largo un suspiro y hablo:

– No soy bueno... pero tampoco soy alguien malo si lo miras de mí lado.

Llamó mi atención aquello que dijo.

– Debes saber por qué estoy en este lugar. Hace muchos años él, quien se llama Dios me desterró del cielo y me maldijo. Me dio esta horrible forma

« ¿Horrible? »

– y me condenó a vivir en este horrendo lugar –Contó. En su rostro había una mirada de odio y furia.

– Ahora que recuerdo, mis padres una vez me contaron sobre eso. Decían que Lucifer era un ángel, el favorito de Dios pero que fue consumido por la maldad. Según mis padres, Dios le había dado todo el conocimiento y le confió muchos secretos de la creación pero al ser consumido por la maldad quiso reinar por sobre Dios. Pero no lo logró y Dios lo desterró, lo mandó a las tinieblas.

– ¿Podrías dejar de hablar así? –Me interrumpió– Estas hablando de mí, no hables de esa manera

Lo quedé mirando.

–Como si estuvieras hablando con otra persona –Se queda callado por un tiempo y luego dirige, nuevamente, su mirada al cielo–. Las cosas no sucedieron así.

«No sé si estoy siendo atrapada por él, que me está seduciendo para que le crea o si está contando la verdad ¿Verdaderamente las cosas no pasaron así? ¿Verdaderamente no era malo ni bueno? Dicen que el demonio es muy bueno seduciendo a los humanos. ¿Serán mentiras tuyas

para seducirme y obtener algo de mí o dice la verdad?»

–Él no me dio todo el conocimiento y los secretos de la creación, como tú dices. Siempre ocultó algo... a mí y a todos los ángeles. A toda la humanidad... bueno... a la humanidad le vive ocultando cosas –Su rostro se puso serio–. Me desterró por querer sacar a la luz eso que esconde. Sé que esconde un conocimiento muy grande sobre algo. Si logró descubrir qué es y lo destierro las cosas dejarán de ser como son bajo su mando.

– Lo que quieres es descubrir lo que oculta y ser el rey, no dejas de estar dominado por la maldad, eres un demonio. Tus impulsos para ser rey son solo la ambición, quieres poseer todo el conocimiento del mundo, no te conformas con lo que tienes.

– ¡Escucha! –Me miró fijamente– Aquel quien niega el conocimiento al que desea aprender es el verdadero demonio y los humanos... quienes se conforman con ser ignorantes, son su cría.

Permanecí observándolo con detenimiento, no podía creer lo que escuchaba *«¿Verdaderamente las cosas son así?»*

–Si yo fuera rey, si ganara esta guerra. Eso no sucedería. El ser humano no sería ignorante, ni los ángeles, ni los demonios y mucho menos yo. Deseo ese conocimiento que oculta, estoy seguro que deben saberlo todos pero Dios es egoísta y caprichoso.

Comprendí y sonríe.

Me acerqué lentamente a él. Si su meta era seducirme con sus mentiras entonces lo había logrado *«Ya estoy presa por él»*

– Te ayudaré –Dije con una sonrisa en el rostro.

Él sonrió. Al parecer se sentía alegre por escuchar eso. Se acercó y me tomó del mentón.

–Luzbel, tienes que despertar, solo así tendré chances de ganar –Se apartó–, por ahora serás una buena compañía. Creo que serás tan buena compañía que no voy a querer que despiertes.

– ¡Señor! –Entró al gran salón un demonio, un lacayo de Lucifer– ¡Señor, señor, señor! –Repetía una y otra vez a gritos, mientras se dirigía a él corriendo– ¡No encontramos a la señorita Luzbel!

Él sonrió.

–Lo sé –Contestó. Se levantó de su asiento y rápidamente dio su orden–
¡Preparen, atacaremos!

– Sí, señor –Contestó el demonio. No entendía a su señor pero no quiso cuestionarlo ni hacer preguntas sobre la señorita.

Cuando el demonio se marchó, se sentó en su asiento. Llevó su mano al pecho y sonrió.

«Al fin despertaste. Ahora puedo sentir todo mi poder pero... sigo pensando que eras mejor como compañera»